

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 29 de febrero de 2012

Texto de referencia: Los orígenes de la pretensión cristiana, *capítulos I y II*,
Encuentro, Madrid 2011, pp. 9-36.

* *Non son sincera*

* *Romaria*

Gloria

Es impresionante que ya desde la primera página de la Introducción don Giussani muestra una preocupación decisiva que no nos podemos saltar si queremos seguirle y comprender lo que dice. Por eso considero determinante este párrafo inicial: no podemos darnos cuenta plenamente de qué quiere decir Jesucristo si cada uno de nosotros no tiene esta conciencia tierna y apasionada de sí mismo. Entonces, ¿cómo nos ha ayudado esta insistencia de don Giussani en el trabajo que hemos hecho sobre estos dos capítulos que ponen sobre la mesa lo que soy yo?

Según pasa el tiempo, me invade la preocupación de si llegaré a cambiar, de si llegaré a crecer, y de que el tiempo que pasa no me haga volver atrás, es decir, que mi vida sea útil. O sea, un nivel de puesta en escena cada vez mayor. Y me impresionó lo que dijiste el 25 de enero: «Cada uno de nosotros ha sido aferrado por Cristo. Cuanto más ha sido uno aferrado, tanto más sigue en la carrera por alcanzarlo todavía más. Aquello que se persigue no es ya en última instancia un cambio, es decir, nuestra medida del ciento por uno, sino Su presencia, la relación con Él, como sucede en toda relación amorosa plenamente humana: nada satisface como la presencia de la persona amada. Esto pone ante el mundo el modelo de un hombre irreductible, que no se contenta con objetivos “intermedios”». Esto me ha dado una gran paz de fondo, porque yo soy este hombre, y deseo ser irreductible y seguir estando enamorado de esta forma, porque me parece que objetivamente yo no puedo eliminar a Jesús.

Detrás de las palabras que usamos, aparece muchas veces la cuestión de fondo: nosotros reducimos, sin darnos cuenta siquiera – como decía él al principio –, la naturaleza del cristianismo a un cierto tipo de cambio, a una puesta en escena. ¿Por qué sucede esto? Esta es la cuestión más decisiva que debemos afrontar, porque todos sabemos muchas cosas del cristianismo, pero la mayoría de las veces que hablamos de él lo reducimos; lo reducimos a ética, a una imagen de cambio, a doctrina, a algo ya sabido, lo reducimos a una puesta en escena (tener que ser según un modelo), a un sentimiento o a un éxito en el sentido de haber conseguido algo. Por eso me impresiona que don Giussani diga nada más empezar la Introducción: «Considerar el cristianismo sin reducciones [...] depende de la amplitud e integridad con la que se percibe y considera el hecho religioso como tal». Si nosotros reducimos el sentido religioso, es decir, la naturaleza de nuestro yo, reducimos inevitablemente el cristianismo. Pongo un ejemplo que hemos usado otras veces: es evidente que les pasaba lo mismo a los discípulos, también ellos deseaban un cambio, el éxito, y cuando lo obtuvieron estaban eufóricos y pensaban: «¿Lo ves? El cristianismo es esto». ¿Cómo corrige Jesús a los discípulos? ¿De dónde nace el cambio de punto de vista? Nace de la mirada que Jesús tiene sobre ellos, una mirada que capta, sin reducirlo, su sentido religioso, el drama de su “yo”: «Mirad, amigos, que aunque os alegráis por esto, esto no os servirá para levantaros mañana por la mañana». Atención: no es que los discípulos no lo tuvieran delante, no es un problema solo de tenerlo delante, lo tenían delante de ellos, de forma carnal – ¡y nosotros nos lamentamos

muchas veces de no tenerlo! —, de forma presente, pero esto no bastaba para percibir la diferencia, para captar Su verdadera naturaleza. Hasta tal punto que ellos estaban más contentos por su éxito que por tenerlo delante, y Jesús debe hacer que se muevan, debe introducirles en su misterio, debe hacer que sean conscientes, debe introducirles en esa conciencia tierna y apasionada de ellos mismos, sin la cual no podrán comprender que la verdadera alegría, que la verdadera respuesta está en la relación con Él, en el hecho de haber sido elegidos. ¿Veis lo que vale la objeción que ponemos muchas veces de no haber sido tan “afortunados” como los discípulos? Esta no es la cuestión, porque ellos tuvieron todo lo que nosotros nos lamentamos de no tener, y esto no basta para percibir automáticamente quién es Cristo, y por tanto para encontrar el fundamento de la verdadera alegría que es la relación con Él. Les faltaba esta conciencia de sí mismos que Jesús percibe en ellos, esa mirada con la que Jesús les mira. Atención: no es que Jesús “se invente” lo que ellos son, no, sencillamente no acepta reducirles a aquello a lo que ellos mismos se reducen, es decir, les mira según su verdad. Si esto no llega a ser experiencia en nosotros — dice Giussani — reduciremos inevitablemente el cristianismo. Podemos hablar del cristianismo como acontecimiento, podemos hablar de todo usando todas las sacrosantas palabras, pero según abrimos la boca hemos reducido todo. Porque no basta con decir las palabras para cambiar la concepción que uno tiene de sí mismo: hace falta una experiencia, una mirada sobre sí mismo que es decisiva. Y por eso son fundamentales estos dos primeros capítulos. Me pregunto: ¿alguno de nosotros, en el trabajo que ha hecho en estas semanas, ha leído algo que le haya hecho cambiar el modo de concebirse a sí mismo? Porque esto es la Escuela de comunidad. ¿Alguien, de todos los que estáis aquí, puede contarnos una experiencia en donde haya visto, en donde haya tocado una percepción distinta de sí mismo? Si no es así, terminamos reduciendo a Cristo.

A propósito de cambio, quería contarte cómo un hecho que ha sucedido entre ayer y hoy supone una verificación de esto. Desde el 25 de enero, pero también trabajando precisamente en estos capítulos, trabajaba con intensidad todo lo que decías, es decir, que la verificación del paso del sentido religioso a la fe es un “yo” humano distinto que se pone ante la realidad. Una querida amiga me había hecho notar toda una serie de aspectos sobre mí, sobre cómo estoy trabajando y sobre cómo me estaba relacionando con la realidad, que me hacía comprender perfectamente que tenía un modo absolutamente analítico de trabajar, exactamente como todos, por tanto con una contribución al mundo igual a cero. Y esta es la primera verificación. Sucede un hecho. Yo soy cardióloga, he empezado a trabajar hace poco. Ya sea por la inexperiencia, por el miedo a equivocarme o por mil cosas, el caso es que empiezo la guardia y recibo una llamada para atender a una mujer de la que ya me había hablado un colega. En mi opinión, la consulta estaba de más, no había necesidad de llamarme; esa mujer ya había sido evaluada en el centro de referencia el día antes, ¿qué podía añadir yo? Y con esta posición absolutamente reducida y preconfeccionada, como si la realidad fuese el lugar del miedo, subí a la unidad de cardiología. Paso la consulta, cierro la carpeta y me voy a casa. Pero no me salían las cuentas, ¡no me salían! Tenía dentro de mí un vacío clamoroso. Tú seguías diciendo: «La verificación es un “yo” distinto»; en cambio, yo me encontraba habiendo trabajado como todos: reducida yo, reducido mi deseo de construir en el trabajo, reducida la relación con aquella paciente (casi ni la miré). No me salían las cuentas.

¿Y por qué no te salían las cuentas? ¿Porque no habías hecho la puesta en escena?

No, clínicamente no tenía ninguna duda, pero no era la verdad sobre mí misma de la que hablas tú, no era la verdad de aquella realidad. Y dentro de esa realidad me estaba dando cuenta de que yo he sido mirada de forma distinta, y esas palabras que seguían resonando en mi cabeza me indicaban el camino. Por eso hoy he vuelto a la unidad, he visto a la persona con

la que hablé por teléfono y le he dicho: «Quiero excusarme por cómo le traté ayer». A raíz de esto ha surgido una conversación interesantísima, se me ha abierto todo un mundo, hasta el punto de que al final le he dicho: «Mire, no he vuelto aquí por una duda clínica, sino por mí, por una duda sobre la verdad». Al final tomo de nuevo el informe y voy a hablar con el jefe de la unidad, que sabe mucho más que yo; hablando del caso, me señala algunos aspectos clínicos en los que no había profundizado. Por eso, vuelvo por tercera vez a unidad – el orgullo es un rasgo mío inconfundible, nunca habría vuelto atrás por una idea o por un pensamiento –, busco a mi colega y le digo: «Perdone, ayer casi la insulto y hoy estoy aquí...». Al final me ha dicho: «No se preocupe, se aprende, es algo dinámico. Gracias por haber vuelto». Y yo he pensado: con esta mirada distinta, que me ha permitido tener una visión completa de la realidad, ¡Cristo me enseña incluso a trabajar! No había conseguido salir de ahí con mi análisis, era una relación muy reducida que me vaciaba. Hoy me he dicho al volver a casa: esto es otra vida, es una posibilidad completamente distinta. Y lo he verificado, ya no lo puedo olvidar. Gracias. ¡La vida puede ser otra cosa!

Cuento lo que creo que me cambia de verdad en la vida, y luego planteo una pregunta. Lo que me permite realmente estar frente a mi persona, frente a la exigencia que soy, frente a la realidad, es una relación que abraza toda mi vida, una relación muy concreta con ciertas personas que me muestra que puedo estar en pie ante mis exigencias, que puedo no tener miedo de lo que vivo. La pregunta que me queda, y he visto que también se da en muchos de nosotros, es cómo puede permanecer esta actitud, porque incluso cuando estoy en relación con estas personas, luego es como si me bloquease, como si dijese: bueno, ahora estoy bien, he encontrado la respuesta. No comprendo entonces qué quiere decir cuando se dice que la respuesta aumenta la pregunta. ¿En qué sentido la relación con Cristo sigue abriendo mi humanidad, sigue manteniendo abierta la pregunta? Porque me sucede esto: en las cosas “normales” está clara como dinámica (el ejemplo que pones siempre del enamoramiento es clarísimo, porque delante de la persona amada no espero que desaparezca la pregunta ni que desaparezca la respuesta), pero ante las preguntas últimas es como si me concibiese siempre de manera distinta.

¿En qué consiste la diferencia?

Te encuentras todavía bloqueado. ¿Cómo es posible? Yo he encontrado la respuesta, ¿cómo es posible que emerja todavía esta exigencia? Yo he encontrado lo que responde, lo que hace plena la relación, ¿cómo es posible que me vea todavía tan necesitado? ¿Cuándo dejo de sentirme ahogado? Cuando estoy delante de alguien que vuelve a abrir toda mi persona. Pero luego es como si lo redujese y pensase: bien, entonces está todo bien.

¿Y entonces? Del mismo modo que comprendes lo que sucede en la dinámica del enamoramiento, así debes mirar también lo que sucede cuando reconoces a Cristo presente, y ver si esta misma dinámica se reproduce ahí. Si no es así, empezamos a imaginar. La dinámica no es distinta, simplemente es cien veces más, porque cuanto más excepcional es una presencia que te arrastra... Imagina cómo se despertaba la pregunta ante la excepcionalidad de Jesús: pero ¿quién es este? Y esto, ¿desaparecía con el tiempo o crecía el asombro a medida que veían las cosas que hacía? ¿Me explico? Pero esto podemos comprenderlo no como explicación (que ya te sabes, entre otras cosas), sino solo como sorpresa ante lo que sucede. Tú puedes comprenderlo no mirando para otro lado, sino mirando lo que sucede cuando te sucede, y podrás encontrar la respuesta. Porque verás que la dinámica, entonces, no es distinta, como vemos en los discípulos. Pero debes reconocerlo en tu misma experiencia, en la carne de tu experiencia.

Lo más impresionante es que el hecho ha sucedido ahora, por lo que a mí respecta, porque me había hecho un esquema y me lo has echado abajo de forma positiva, en el sentido de que me he visto reflejada en lo que decías de los apóstoles y del recorrido que hicieron, que no es distinto del nuestro, porque el Padre eterno me ha hecho moverme dos veces, con cuidado, poniéndome de nuevo ante la pregunta que planteabas: ¿dónde está la verdadera satisfacción? Hace un año, más o menos, encontré un trabajo que me correspondía muchísimo, que satisfacía ese poquito que en mi opinión me faltaba para conseguir el éxito, el famoso éxito.

He aquí la primera cuestión: sustituimos constantemente “correspondencia” por “éxito”, y esto muestra ya la reducción que hacemos de nuestra persona.

Es verdad, también porque, en el fondo, era como una pregunta acerca de mis capacidades: lo consigo o no lo consigo. Entonces: tuvimos una experiencia preciosa, debo decir que extraordinaria, no puedo decir otra cosa, realizamos un evento estupendo que resultó fenomenal. Sin embargo, en un momento dado, en el máximo de la satisfacción, hubo una fracción de segundo en la que dije: ¿aquí está todo? Justamente ahí, en el culmen de la satisfacción – tenía que atravesarla – dije: hombre, no, lo que a mí me interesa es la relación con Jesús. Me acordaba de la frase: «Tú eres lo que me falta en todo lo que me gusta» porque, en el fondo, yo entendía esta frase intelectualmente, pero no había llegado a entenderla en la experiencia. Esto sucedió a mediados de noviembre. A comienzos de diciembre, giro copernicano: se termina el dinero de repente, se para todo el asunto – permanece la relación, lo que lo hace más doloroso todavía, por la gran relación de amistad que se había creado – y de la noche a la mañana me mandan a casa. Es ahí donde se produce el segundo cambio, porque dentro de una dificultad económica increíble (nunca había pasado por una situación así) me he dicho: ha cambiado la forma, pero no ha cambiado la pregunta, Él me está preguntando en dónde está mi consistencia. El viernes voy a ver de nuevo a esa persona, no sé si habrá alguna posibilidad, pero lo que nadie puede quitarme ya es esta experiencia.

Pero, ¿qué has aprendido de todo esto? Explícame bien en qué has percibido eso a lo que estamos tratando de responder: qué es Cristo. Porque muchas veces no solo nos equivocamos al identificar dos cosas que son distintas – correspondencia y éxito –, sino que sustituimos a Cristo por cualquier imaginación que se nos ocurre. Y al final, ¿a dónde nos lleva esto? A que no hemos comprendido qué es Cristo.

Verdaderamente, si falta lo humano, esa percepción de sí tan clara, que además es lo que vence...

Por esto me interesa; no me interesa que no nos equivoquemos, porque si a través de una equivocación tú has aprendido esto, ¡es lo mejor que te ha sucedido en la vida! De otro modo, ¿por qué habríamos de seguir a Cristo? ¿Qué interés tiene Cristo para nosotros? ¿Cuál es la diferencia entre Cristo y cualquier otra cosa?

Precisamente por la verdad de mi persona, por la consistencia de mi persona.

Exacto. Pero yo puedo comprender la diferencia que supone Cristo, y por tanto percibir qué es Cristo, darme cuenta plenamente de qué quiere decir Jesucristo, dice Giussani, únicamente si no reduzco el “yo”, si no reduzco mi “yo”. Por eso, mirad lo que dice inmediatamente después del pasaje que os he leído antes: «Por tanto, ya que mi objetivo es determinar cómo emerge el cristianismo, será útil recuperar algunos aspectos decisivos del sentido religioso». No retoma ahora el sentido religioso como un ornamento, sino precisamente con la finalidad de comprender qué es el cristianismo, porque – dice – sin esto no lo comprenderemos, lo reduciremos. Esto «coincide con la dimensión racional [con toda la exigencia de la razón], con la razón en su aspecto último y profundo, [coincide con esa] energía global y totalizante que es el sentido religioso, coincide con la urgencia de una realización total y de una plenitud exhaustiva». Si nosotros no tenemos esta lealtad, esta mirada llena de ternura por nosotros

mismos, reducimos el cristianismo. Perdonad, pero estas cosas, ¿se las está inventando Giussani o está describiendo lo que es cada uno de nosotros? Si esta es la descripción del tejido del que estamos hechos, cada uno debe tratar de sorprenderlo en las entrañas de su propio “yo”, «oculto [...] dentro de cada dinamismo, dentro de cada movimiento de la vida humana, la cual resulta ser en consecuencia un proyecto desarrollado por aquel ímpetu global, el sentido religioso». ¡Mirad si es decisivo lo que nos dice don Giussani que en los tiempo modernos el cristianismo se ha reducido justamente porque lo primero que se ha reducido ha sido el “yo”! Por eso don Giussani nos está diciendo algo decisivo, porque sin esto reducimos inevitablemente el cristianismo, aunque usemos todas las palabras cristianas. Por eso os ruego que no os saltéis estos párrafos, que no paséis la página diciendo: «Esto ya me lo sé, ya trabajé el sentido religioso el año pasado»; no nos lo sabemos, ¡no nos lo sabemos! Es más, me atrevería a decir que es lo que menos sabemos, y se ve por la forma que tenemos de hablar de las cosas. De hecho, ¿qué es lo que debería resultarnos cada vez más presente, consciente y familiar? El sentido del misterio que somos nosotros mismos. Pero muchas veces vemos que este es el último pensamiento que tenemos, y por eso nos enfadamos con nosotros mismos, nos enfadamos con la realidad, buscamos cosas que, una vez encontradas, no nos sirven. Don Giussani dice: «Esta imperecedera situación de desproporción y de inalcanzabilidad [el hecho de que no consigo alcanzarlo] facilita el surgimiento en la conciencia de la idea de misterio». Si esto no llega a crecer constantemente en nuestra autoconciencia de hombres, inevitablemente nos relacionaremos con el acontecimiento cristiano de forma reducida, y lo sustituiremos por cualquier otra cosa (como les pasaba a los discípulos). ¿Por qué? Porque, en el fondo, no nos hemos dado cuenta plenamente de qué quiere decir Jesucristo. Pero esto no es un problema de puesta en escena, no es un problema ligado a ser más capaces o a cometer menos errores; es el problema de percibir correctamente la realidad, de comprender de forma verdadera y plenamente consciente qué quiere decir Cristo. Si nos saltamos esto pensando que ya lo tenemos claro, leeremos el resto del libro y seguiremos reduciéndolo, con la consecuencia inevitable de que nos perdemos lo mejor. Porque os lo garantizo: ¡nos perdemos lo mejor! Solo cuando tomamos conciencia de nosotros mismos nos damos cuenta de la gracia que representa Jesucristo.

En la página 11 de la Presentación de la Escuela de Comunidad citas a don Giussani: «vive en una comunión, pero se juega por entero en la libertad personal». ¿Puedes profundizar en este punto en términos de método? Añades después, en relación con la compañía: «nuestro apoyo no puede tener otra lógica [...] que la del testimonio. [...] A la pretensión cristiana solo puedo responder yo delante del Señor». No hace mucho he tenido la oportunidad de vivir algunas circunstancias en determinados ámbitos ligados al movimiento, que se ha revelado como una gran ocasión de verificación de mi fe. En estos contextos me he visto obligada a comparar la experiencia en acto de regeneración – casi diría de revolución – de mi “yo”, gracias sobre todo al trabajo que nos estás invitando a hacer, con un cierto tipo de actitud que me atrevería a definir como de renuncia al propio corazón y, por tanto, de renuncia a Cristo. Estas experiencias han agudizado en mí la inquietud, es más, en cierto sentido han hecho que la descubriera como un recurso – me gusta mucho san Pablo cuando dice: «En cambio, la realidad es Cristo, todo contribuye al bien para aquellos que aman a Dios, morir es una ganancia» –, sin embargo, siempre he percibido la realidad como algo fuera de mí. Esta experiencia es como si me hubiese dado una gran ocasión para descubrir cómo me sorprende Cristo a través de mi inquietud, y cómo mi inquietud es un recurso, que es un poco lo que decías antes, también porque este ha sido un instrumento para no quedarme bloqueada en ciertas dinámicas. Por tanto, estas experiencias han agudizado en mí la inquietud, obligándome

a una renovada súplica que me hace reconocer cada vez más como compañeros de camino – esto es un paso – a los publicanos de evangélica memoria. Lo cito como actitud, porque recientemente he escuchado en Misa este pasaje del Evangelio, y me parece que me corresponde totalmente. «El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel [el fariseo] no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido». Dentro de esta dinámica que estoy describiendo me impresionó muchísimo – leo un fragmento – la homilía del Santo Padre en la solemnidad de la Epifanía: «El corazón inquieto [...] es el corazón que no se conforma en definitiva con nada que no sea Dios, convirtiéndose así en un corazón que ama. Nuestro corazón está inquieto con relación a Dios y no deja de estarlo aun cuando hoy se busque, con “narcóticos” muy eficaces, liberar al hombre de esta inquietud». Vuelvo al discurso inicial; pues bien, en la experiencia a la que me refiero he visto que la compañía corre el riesgo a veces de reducirse a uno de esos “narcóticos” de los que habla el Papa en lugar de ser un lugar de testimonio vivo. Se trata de un cambio completo del método que, en lugar de favorecer una conciencia plena de sí y de haber sido hechos para el Misterio, para el infinito – «¿De qué es falta esta falta?» –, tiende sobre todo a aplanar el deseo y la pregunta, y a favorecer la famosa actitud de la cinta transportadora. Por otro lado, la fidelidad a lo que Newman llama “conciencia” y que don Giussani define como “corazón”, mejor todavía, el “corazón inquieto” de Benedicto XVI, es interpretada como individualismo o autonomía o, peor aún, como falta de tensión por obedecer. Por tanto, es como si en ciertos contextos – esta es la percepción que he tenido yo – el “yo” tuviese que dejar de existir. Entonces la pregunta es: ¿cómo se sale de esto? También porque muchas veces (no quiero generalizar) me parece casi que uno tiene que elegir entre la compañía y el propio corazón.

Esta es una alternativa que no se plantea. Pero aquello a lo que tú reclamas es fundamental, porque cada uno – ¡si no es así habría que eliminar el Evangelio! – es llamado por su nombre: Juan, María, Zaqueo, Mateo... Cada uno es llamado por su nombre, es llamado a responder en primera persona, y por eso no hay nada más personal, como decíamos en otro momento, que esta respuesta. Puede darse que a veces reduzcamos nuestra forma de estar juntos, pero esto nunca se dará en la compañía total del movimiento; podemos reducir algunas formas de vivir la compañía, pero no la compañía de por sí, porque la compañía, mientras el Señor nos dé la gracia de vivirla según el carisma que hemos recibido, será siempre una ayuda para vivir la realidad. Luego podemos usarla en ciertos momentos – como dice el Papa – como un “narcótico”. Me explico: por lo que nos ha sucedido, tenemos experiencia de vivir mejor que casi todas las personas que conocemos, pero esto puede ser, como para los discípulos, algo que, en vez de crear una tensión cada vez más intensa, nos hace contentarnos cada vez más; en lugar de introducir una tensión introduce una calma que nos aplanan. Quiero ser claro: esto nunca será la compañía cristiana, sino una deformación de la compañía cristiana, que está siempre al acecho. Por eso no podemos sucumbir a la alternativa compañía-yo, porque el camino lo hacemos juntos; aunque solamente leyendo a Giussani encontramos todo lo que necesitamos para tener esta tensión, un reclamo a la verdad dentro de nuestra compañía (aunque todos nosotros estuviésemos reducidos). Pero es suficiente con un instante en la forma de estar juntos o por lo que nos decimos cuando estamos juntos, para poner de nuevo en movimiento la tensión de nuestro “yo”. Y cuando alguien en nuestros ambientes quiere reducir esta dinámica es necesario desafiarle, porque sin un lugar como la Iglesia, un lugar como el movimiento en el que constantemente se nos despierta, sucumbiríamos al aplanamiento total. Por eso la compañía es decisiva para el “yo”, pero la compañía está hecha de “yos” vivos, y esto es a lo que debemos tender, lo que debemos pedir. Porque de este modo llegamos a ser verdaderamente compañeros

de camino: cuando nos testimoniamos mutuamente qué es vivir. Es fundamental que nos testimoniamos mutuamente en la forma que tenemos de estar ante la realidad y de vivir todo lo que hemos afrontado esta noche. Por eso os quiero lanzar de nuevo este reto a cada uno de vosotros. Estos capítulos son decisivos porque, si no los tenemos presentes, inevitablemente reduciremos a Cristo, no podremos darnos cuenta verdaderamente de qué quiere decir Jesucristo. Una persona me escribe y me dice que esto solo puede suceder con Cristo presente; y esto es verdad, porque lo estamos viendo ya desde dentro de la fe. Sin embargo decir “Cristo presente” no puede ser una excusa, porque incluso dentro de la fe, debo educarme constantemente en esta mirada, en esta conciencia atenta, tierna y apasionada de mí mismo. Cuando el año pasado repetimos muchas veces que Cristo ha venido para educarnos en el sentido religioso, tratábamos de decir justamente que ha venido para educarnos en esta percepción del “yo”. Por eso, crecer en la percepción del Misterio es decisivo para poder comprender realmente quién es Jesucristo.

Para la próxima escuela leeremos los capítulos tercero y cuarto de *Los orígenes de la pretensión cristiana*. Me interesa subrayar dos cosas para este trabajo. Una es que en este capítulo emerge la pregunta de Dostoievski: «Un hombre culto, un europeo de nuestros días, ¿puede creer, realmente creer, en la divinidad del Hijo de Dios, Jesucristo?». Esta pregunta debe estar presente al trabajar estos capítulos: ¿qué puede hacer razonable responder a esta pregunta? Con respecto a esto, es decisivo lo que leeremos en el tercer capítulo sobre el cambio radical de método. Por eso os lanzo esta pregunta: ¿Sorprendo este cambio radical de método en mi vida? ¿En qué? ¿Puedo reconocer en mi vida si estoy todavía en el sentido religioso o estoy ya en la fe? Porque todos podemos repetir este párrafo tan decisivo, pero en la práctica, muchas veces estamos utilizando todavía el método del sentido religioso, aunque usemos las palabras cristianas. ¿Puedo testimoniar en mi experiencia que ha sucedido en mí este cambio radical de método? Porque este puede quedar reducido únicamente a una explicación intelectual, sin conexión alguna con la experiencia. Si esto no se entiende, quiere decir que será difícil – más bien imposible – darse cuenta de verdad de qué quiere decir Jesucristo, aunque creamos que lo sabemos porque utilizamos ciertas palabras cristianas. Por eso os sugiero estas preguntas como ayuda para el trabajo.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 28 de marzo a las 21,30.

Retomaremos los capítulos tercero y cuarto de *Los orígenes de la pretensión cristiana*.

A propósito de la Escuela de comunidad, os invito a leer en la nueva página web de CL (en la sección dedicada específicamente a la Escuela de comunidad) la síntesis de algunos encuentros de responsables con don Giussani, en los que describe qué es la Escuela de comunidad y explica su método; es una ayuda para tenerlo presente de forma más consciente.

Está a punto de salir el Manifiesto de Pascua.

En un momento histórico en el que el Papa ha convocado el Año de la Fe y en el que estamos haciendo la Escuela de comunidad con el tema de la fe en Cristo, como nos ha dicho don Giussani, con los ojos de los apóstoles, para recorrer el camino que hicieron ellos – desde el impacto con su humanidad a la pregunta acerca de su divinidad –, volver a proponer el texto del Manifiesto permanente del movimiento (que salió en 1988), acompañado de la imagen del Cristo de Masaccio – que expresa el atractivo, la potencia de Su divinidad ahora –, nos parece para nosotros mismos y para todos el juicio más adecuado para la situación actual que estamos viviendo.

Utilicémoslo en nuestros ambientes. Es una ocasión para comunicar a todos este juicio sobre nuestra historia y la de todos. Lo leo para que lo tengáis presente: «El emperador se dirigió a los cristianos diciendo: “Extraños hombres... decidme vosotros mismos, oh cristianos, abandonados por la mayoría de vuestros hermanos y jefes: ¿qué es para vosotros lo más querido del cristianismo?”. Entonces se alzó el starets Juan y respondió con dulzura: “¡Gran soberano! Para nosotros, lo más querido del cristianismo es Cristo mismo. Él y todo lo que procede de Él, porque sabemos que en Él habita corporalmente la plenitud de la Divinidad». Creo que, por todo lo que hemos visto esta noche, empezamos a comprender que no es obvio qué es lo más querido para nosotros. Nos sorprendemos muchas veces descubriendo que lo más querido para nosotros no es el mismo Cristo, sino otras cosas que son consecuencias, no Su presencia, no Su persona. Este Manifiesto es, por tanto, un juicio, un reclamo para hacer memoria de lo que es el cristianismo. Deseamos que, al tenerlo delante durante todo el año, crezca cada vez más en nosotros el deseo de Cristo, como dijimos en la presentación de la Escuela de comunidad; pero esto está ligado a lo que decíamos hoy: solo podremos desear esto si comprendemos qué necesitamos; si la necesidad se reduce, podremos contentarnos con algo menos que Él.

El libro del mes para marzo es *El Maestro y Margarita* de Bulgakov.

Hemos propuesto esta novela porque puede ofrecernos, en relación con la Escuela de comunidad que estamos trabajando, una reflexión sobre la importancia de la historicidad de Cristo que se hace reconocible a través de los hechos y de sus consecuencias.

En el número de febrero de *Huellas* y en la web de la revista podéis encontrar una presentación y un artículo que pueden resultar de ayuda para la lectura y para comprender el significado de las invenciones fantásticas de la novela.

Veni Sancte Spiritus